

M. Levrault, y se retiró declarando que desde la muerte de la señorita de Chanteplure no se acordaba de haber pasado una noche tan agradable ni aun en la corte misma.

—¿Qué te ha parecido el vizconde? preguntó M. Levrault á su hija, así que se quedaron solos.

—Bastante feo, repuso Laura sin vacilar.

—No te diré lo contrario; pero no podrás menos de convenir conmigo en que se acostumbra uno pronto á su figura. El primer golpe de vista no suele serle favorable; y sin embargo, concibo yo que á la larga es muy posible encontrarle hasta buen mozo. Luego..... tiene un talento!.... una gracia!.... unos modales!.... Vamos, vamos; digan lo que quieran, añadió metiéndose las manos en los bolsillos, siempre es lisonjero para uno recibir en su casa personas de este rango.

IV.

M. Levrault, no obstante, debía tardar muy poco en convencerse de que la Bretaña no era un país tal como él se lo había figurado en sus ensueños. Los castillos arruinados, con sus viejas murallas cubiertas de yedra y con sus torreones habitados únicamente por buhos y lechuzas, abundaban bastante en las cercanías de la Trelade; en cambio eran pocos, muy pocos, muchos menos de los que creía M. Levrault, los que se mantenían en pié, y tenían castellanos ó castellanas. De modo que Clisson, de Mortagne y de Tiffauge, que, según la expresión feliz de maese Jolibois, esperaban al ex-mercader con los brazos abiertos, no eran, desde hacía luengos años, más que unos montones de ruinas. M. Levrault supo con gran estupor y sorpresa suya que todas aquellas casas se habían ex-

tinguido ya, y que era preciso, por ende, renunciar á la pretension de recibir á sus descendientes en su mesa. Habian trascurrido cerca de dos meses, y la multitud aristocrática prometida á sus salones se limitaba tan solo al vizconde de Montflanquin, al conde de Kerlandec y al caballero Barbanpré. Respecto á los festejos y á las recepciones á son de trompeta, que le anunciara maese Jolibois, resultaba en limpio que el gran fabricante, exceptuando en su castillo, en ningun otro le brindaron ni siquiera con un vaso de agua.

El conde de Kerlandec era un pajarraco que se hallaba respecto á Montflanquin en el mismo caso que maese Jolibois. Gaspar le debia algunos miles de francos hipotecados sobre la dote de su futura y sobre las nieblas del Sevre; porque hay que advertir que la herencia de sus padres se habia ido, tiempo hacia, con la honda del diablo; así es que cuando M. Levrault calificó en broma el castillo del vizconde con el título de palomar, estaba muy lejos de presumir que habia usado de la palabra más propia. El conde de Kerlandec, enemigo acérrimo de la plebe, á la cual no perdonaba el que se elevara y enriqueciera; de un corazon joven todavía, y burlon eterno y sempiterno, á pesar de la gota y de los sesenta años que llevaba acuestas, aprovechó con avidez la ocasion que se le ofrecia de reembolsarse y divertirse á expensas

del majadero y rico plebeyo que la fortuna le deparaba. Por otra parte, como no tenia ni carruaje ni caballos, halagábale tambien la idea de pasear su gota en la carretela de M. Levrault. El caballero de Barbanpré se jactaba en efecto de ser descendiente de Godofredo de Bouillon. Era un viejo hidalgo muy simple, muy pobre, muy gloton, y el cual hubiera dado de buena gana su árbol genealógico por una buena comida. M. Levrault, por lo tanto, no tuvo que hacer grandes esfuerzos para atraerlo á su devocion, y para que pasara la mayor parte de los dias en la Trelade. Las gentes del pais observaron, al poco tiempo de la llegada del fabricante, que M. de Barbanpré no iba jamás á casa del padre de Laura despues de comer, ni salia de ella antes.

M. Levrault y su hija fueron presentados por Gaspar, segun este se lo habia prometido, á algunas de las familias arriba designadas; pero sea que el vizconde Montflanquin, como diestro piloto, los hubiese dirigido con intencion deliberada á parajes donde no tuviera por qué temer la concurrencia, ó sea que la madera de que se hacen los yernos escasease real y efectivamente en aquella parte de la Bretaña, lo cierto es que Laura y su padre no tropezaron ni siquiera con un hidalgo casadero. A pesar de sus doce millones, M. Levrault fué recibido únicamente con esa fria política, que

puede pasar por desden y sus esquelas de convite fueron contestadas con otras de papel satinado, y timbrado con una cimera ó una corona. Por más esfuerzos que hacía, aglomerando en torno suyo toda la seduccion de la riqueza, su corte estaba reducida á Montflanquin, Barbanpré y el vizconde de Kerlandec: estos tres personajes constituian la multitud que, segun los anuncios de M. Jolibois, habia de apresurarse á concurrir á los salones del ex-mercader. El más asíduo de ellos era el vizconde, cuya imaginacion se esforzaba de un modo extraordinario por consolar á M. Levrault de las decepciones que diariamente sufría con santa paciencia.

A las tres semanas el vizconde declaró que ya no iba á Chantilly, porque las carreras habian sido aplazadas para el otoño. Pasaba la mayor parte del tiempo en la Trelade, á donde se dirigia por la mañana temprano, y de donde no salía hasta la noche. M. Levrault y su hija hubieran debido agradecerle que no se llevara al castillo hasta las babuchas. El ilustre Montflanquin disponia del fabricante como de cosa propia; en la casa nada se hacia sin consultarlo, nada sin obtener antes su aprobacion; era el *factotum* de ella. No habia cacería, ni paseo, ni partida de campo á que no asistiese. Tan fácil hubiera sido ver á M. Levrault sin su sombra, como hallarle sin que fuese

acompañado por el vizconde de Montflanquin. Vivo, obsequioso y constantemente de buen humor, Gaspar poseia el secreto de llenar la Trelade de animacion, de bulla y de alegría. A M. Levrault le sorbia el seso dándole lecciones de equitacion, refiriéndole historias de la córte, lisonjeando todas sus necedades, y aplaudiendo y alentando todas sus manías. Laura estaba contentísima de él, porque la habia proporcionado un caballo lindísimo que se arrodillaba ante ella, y que la seguia como un carnero embridado. Cada dia inventaba una nueva distraccion. En una palabra: el vizconde empezó por hacerse útil, y terminó por hacerse indispensable. M. Levrault, satisfecho de haber encontrado su hombre, apenas sentia los disgustillos que le hacia sufrir el resto de la nobleza.

En efecto: ¿qué era lo que habia ido á buscar á Bretaña? Un yerno que le allanase el camino de los honores y de las dignidades; este yerno lo habia atrapado ya. Gaspar reunia todas las condiciones requeridas: un hombre ilustre para Laura, y una grande influencia para M. Levrault.

El vizconde de Montflanquin era, pues, la realizacion de los sueños dorados del ex-mercader. Pero desgraciadamente Gaspar no se prestaba del todo, en la apariencia al ménos, al buen éxito de estos cálculos; carecia de ambicion, y hablaba de la po-

breza hasta con entusiasmo; á sus ojos no tenia atractivo alguno la opulencia. Ningun indicio habia dejado entrever todavía que hiciese suponer que Laura conseguiria cautivar al fin su corazón, exceptuando alguno que otro suspiro ahogado, y tal cual mirada de fuego que podia interpretarse muy bien como dirigida únicamente á la imagen de la señorita de Chanteplure.

Constantemente estaba diciendo con la mayor espontaneidad que su vida carecia ya de esperanzas, y que no se casaria nunca. M. Levrault desesperaba algunas veces por lo tanto de poderlo coger en sus redes: el gran fabricante se figuraba que el vizconde era un pez y él un pescador. Las conversaciones que solia tener en el parque con el conde de Kerlandec y el caballero de Barbanpré, hacian crecer de punto su exaltacion, porque uno y otro se deshacian en elogiar los méritos y brillantes cualidades del vizconde de Montflanquin. El primero trabajaba en provecho propio, y el segundo por gratitud á un hombre que lo habia presentado en una casa donde habia tan opípara mesa.

De aquí resultaba que al paso que M. Levrault se consumia de impaciencia, el amor propio de Laura se picaba en extremo. La hija del fabricante no sentia quizás ni un átomo de pasion hácia el vizconde; pero sufría extraordinariamente con su

indiferencia. Tal vez si Gaspar hubiera pedido su mano, no consintiera en otorgársela; esto no obstante, se irritaba mucho de oírle repetir á cada paso que no se casaria nunca.

No le amaba, repetimos, á lo sumo le gustaria un poco; y sin embargo estaba celosa de la jóven á quien tanto habia aquel querido, y humillada por la fidelidad que guardaba á su memoria. Llegó, empero, un dia en que Gaspar cambió visiblemente, volviéndose taciturno, triste y meditabundo. Turbábase extraordinariamente en presencia de Laura, y se conocia á tiro de ballesta que no era la imagen de la señorita de Chanteplure la que producía este efecto. Ya hacia dias que no hablaba de Fernanda ni una palabra siquiera. A su alegre locuacidad y á su natural viveza, habia sucedido la más negra melancolía; el síntoma más grave, en fin, de su completa trasformacion, era que en la mesa apenas bebia ni probaba bocado. Un cambio tan repentino no podia escaparse á la penetracion de M. Levrault; y aun cuando el vizconde no se habia declarado todavía, sus miradas hacian traicion á cada paso al cariño que hervia en su pecho; el más torpe hubiera caído al instante en la cuenta.

M. Levrault contemplaba ébrio de gozo esta trasformacion, en virtud de la cual creia estar ya tocando el término de sus esperanzas. Respecto á

los inconvenientes que podría tener para su hija la pasión del vizconde, ni siquiera se le pasó por el magín al pobre hombre pensar en ellos; al contrario, deducía con la mayor complacencia, que un hombre tan perdidamente enamorado no repararía en pelillos el día en que el contrato se discutiese. El desinterés de Montflanquin, su desprecio de las riquezas y su acendrado amor á la escasez, eran, por otra parte, una excelente garantía de la modestia de sus pretensiones. Fastuoso, al propio tiempo que excesivamente ruin, M. Levrault se felicitaba interiormente de haber echado mano de un hidalgo, que reunía á tantas cualidades preciosas la ventaja de hacer con él un buen negocio. En cuanto á Laura, satisfecho su amor propio con verse amada, gozaba de su triunfo, y apenas se cuidaba ya de Gaspar.

—Es preciso que aguardemos, que reflexionemos, decía á su padre, el cual hablaba ya de la boda como de un hecho en vísperas de consumarse. Nada prueba aun hasta el presente que el vizconde se halle resuelto á pedir mi mano; pero caso de que así fuese, la prudencia nos aconseja que no nos aceleremos, y que meditemos despacio antes de tomar una resolución; es imposible que sea el vizconde de Montflanquin el único partido que pueda ofrecernos la Bretaña.

—Pero ¿qué es lo que aguardas tú? replicaba

M. Levrault á su hija, cuya vacilación era para él incomprendible. ¡Un vástago de los Baudouin y los Lusignan! ¿Crees acaso que se hallan por ahí todos los días á patadas? Además, que ya hemos explorado la mayor parte de los castillos de las cercanías, y á ménos que no quieras casarte con el conde de Kerlandec ó con el caballero de Barbanpré, no veo sobre qué otro alguno pueda recaer tu elección.

—Ya he dicho á V. que debemos esperar, repetía Laura con firmeza: ninguna prisa nos corre porque no es puñalada de pícaro. Sabemos, por otra parte, de boca del mismo Gaspar, que las familias más ilustres de la comarca se hallan en la actualidad ausentes de sus posesiones. ¿Quién sabe, pues, si nos veremos reducidos siempre á la compañía del vizconde?

—Vamos, vamos, ya veo, hija mía, que eres muy difícil de contentar. ¡Un gran nombre, una grande influencia, y una gran pasión por añadidura! Jolibois tenía razón; este Montflanquin es un carácter cortado enteramente á la antigua. Seguro está de que nadie le acuse de que su objeto no es otro que el venir buscando nuestro dinero. Yo le observo, sin que él se aperciba de semejante cosa, y me consta de una manera evidente lo que pasa en su interior. Había jurado permanecer fiel á la desgraciada señorita de Chanteplure, y sin embar-

go te amó con todo su corazón: ¡ah! sabe Dios los remordimientos y las severas acusaciones que se dirigirá á sí mismo por esta causa! Pero fuerza irresistible le impele hácia tí, y no lo dudes, Laura, te quiere con entrañable cariño. De suerte que, á pesar de los millones de tu padre, has inspirado un sentimiento romancesco, y todavía no estás contenta: sin embargo: puedes hacer un casamiento por amor y aun no estás satisfecha. ¡Bien por Dios! Posible es que halles algo mejor que Montflanquin; pero me temo todo lo contrario.

En estas palabras últimas de M. Levrault no dejaba de haber alguna cosa que sonaba agradablemente á los oídos de su hija. Pero, como hemos dicho ya, Laura no abrigaba la pretension de ser una heroína de novela. Su imaginación tranquila y reposada la hacían más bien considerar el matrimonio como un medio para satisfacer su ambición, como un negocio de libre cambio. Esto no obstante, lejos de sentir inspirar una pasión desinteresada, y el ser amada por ella misma, la lisonjeaba mucho esta idea. Por otra parte, sus amigas de colegio le habían repetido con sobrada frecuencia, que quizás encontraría algún miserable hidalguillo que consintiese casarse con ella por sus doblones; demasiado comprendía Laura el despecho que manifestarían aquellas cuando supiesen que se había unido por amor con un hombre de esclarecido

linaje. La pasión y el desinterés del vizconde no podían ponerse en duda, y Laura tenía por ende demasiada razón para presumir que no era fácil que se presentase dos veces ocasión semejante á una joven, abrumada con la dote de cuatro millones de reales.

Luego, aun cuando Gaspar no era en toda la extensión de la palabra lo que se llama un buen mozo, sus blasones en cambio merecían llamar la atención de cualquiera.

Laura no amaba, pues, á Gaspar; pero esto era lo de ménos para ella, puesto que no entraba en sus cálculos la precisión de amar á su marido. Lo que sí la mortificaba un poco, era que no fuese más que vizconde; su ambición y su orgullo hubieran deseado que fuera siquiera marqués. Aquel título, sin embargo, no era de desdeñar, llamándose la señorita Levrault, y teniendo en cuenta que su padre había vendido paño al pormenor en la calle de los Bourdonnais.

Un día que salió á pasear á caballo, se detuvo delante del palomar de Montflanquin, y su vanidad no pudo ménos de sufrir algún tanto al pensar en aquel montón de paredes descascarilladas, que el vizconde llamaba pomposamente castillo de sus antepasados.

Pero como por otra parte sabía que era bastante rica para reedificarlo, Laura acabó por per-

suadirse de que ningún embarazo debía ofrecerle la elección.

Las semanas trascurrían, y las ilustres familias que se hallaban ausentes no se apresuraban, sin embargo, á regresar á sus posesiones. En vano iba diariamente M. Levrault al camino de Nantes en carretela tirada por cuatro caballos y conducido por dos jockeis que llevaban una gorra de terciopelo color de naranja; en vano mandaba á sus picadores sacar á pasear la trahilla por las cercanías, con órden de que dijesen á los transeuntes: —«Estos son los caballos y los perros de M. Levrault.» En vano, finalmente, hacia alarde de su inmensa fortuna por todos los medios que se hallaban á su alcance; la concurrencia de la Trelade era siempre la misma. Laura, por lo tanto, creyó que debía adherirse al dictámen de su padre. Restaba, pues, únicamente esperar la declaración del vizconde, que á juzgar por los suspiros que menudeaba el enamorado Gaspar, no debía hacerse aguardar mucho tiempo.

En este estado las cosas, fácilmente se comprenderá que así el inquilino como los concurrentes á la Trelade estarían llenos de gozo: no recuerdo haber visto jamás en ninguna historia tantas gentes felices. Algunos días más, y M. Levrault ponía el pié en la tierra prometida: Laura se veía en medio de la córte: Gaspar de Montflanquin no

tenía más que alargar la mano para coger los cuatro millones, de los cuales no dejaba de tener por lo visto bastante necesidad: maese Jolibois rescataba sus ochenta mil libras, y el conde de Kerlandec sus correspondientes miles de francos: el caballero de Barbanpré pensaba, relamiéndose, en el festin del día de la boda, y Galaor, por último, se mecía en la dulce esperanza de que así que se casase su amo, le pagaría probablemente sus soldadas. Un incidente imprevisto vino á cambiar repentinamente tan lisonjero aspecto.

Antojósele á Laura salir á caballo una mañana despues de almorzar, acompañada de un solo criado. Fué la primera vez que lo hacia sin que la escoltasen su padre y el vizconde de Montflanquin. Gaspar se ofreció á acompañarla; pero M. Levrault, que estaba decidido para terminar del todo sus afanes á atacar al vizconde en sus trincheras, lo retuvo mal de su grado en el castillo, despues de asegurarle que Laura iría á pasear por el lado de Clisson: por la parte de Tiffauge, manifestó sérios temores Montflanquin, de que era muy posible que la hija del ex-mercader tuviese malos encuentros. Dócil á la opinion de Gaspar, Laura tomó en un principio la orilla del rio; pero hastiada al corto rato de marchar por caminos conocidos, se dirigió luego por una senda cubierta, que cortaba el valle, se extendía sobre la falda de

un collado, é iba á perderse en un bosque de encinas.

Este bosque, en el cual habia abiertas innumerables calles estrechas, cortas y llenas de maleza, era un verdadero laberinto; Laura lo atravesó á galope, y no notó hasta llegar al extremo opuesto, que no la seguia German, quien sin duda alguna habia perdido sus huellas. Aun cuando la señorita Levrault no tenia una organizacion muy poética, sintió ménos inquietud que gozo al hallarse sola en medio de los campos: así es que, sin cuidarse lo más mínimo de los temores del vizconde, soltó la brida y dejó caminar el caballo á la ventura. Era una de esas mañanas en que no lucia el sol, un poco tristes si se quiere, pero tan deliciosas, que prestan á los esplendores del estío las melancolías del otoño. La tierra un poco húmeda, reposaba, por decirlo así, de los ardores de Julio bajo un cielo pardusco y suave, matizado como las alas de una paloma. ¿En virtud de qué encanto llega Laura á ponerse en comunicacion con la naturaleza? ¿En qué consistia que aquella jóven que hasta entonces habia vivido del orgullo y de la vanidad, tuviese al fin una revelacion confusa de las bellezas de la creacion? Laura habia olvidado sus talegas y los blasones de Gaspar. Al ver la ondulacion de los trigos, al escuchar el susurro de las brisas, y al respirar el embalsamado am-

biente de los prados, su corazon iba desprendiéndose poco á poco de las ambiciones mezquinas que la ocupaban completamente momentos antes. Y es que la buena y santa naturaleza tiene ciertas influencias misteriosas, á las cuales están sujetas hasta las almas más rebeldes; tiene lecciones mudas de una elocuencia irresistible: el espectáculo de las obras de Dios, dice más sobre lo frágil y perecedero de las vanidades mundanas, que todas las oraciones fúnebres de Bossuet y de Masillon. Pero desgraciadamente habia echado en Laura el gérmen del mal profundas raíces, y la pobre niña no debia tardar en verse oprimida por los miserables vínculos, en virtud de los cuales habia sofocado la educacion todos sus buenos instintos.

Laura se dejó conducir largo rato al capricho de su cabalgadura, sin tener en cuenta que con su amazona, su sombrero de fieltro, su velo verde, sola y libre en medio de los campos, y perdida entre las retamas, estaba cien veces más linda que en el salon de su padre. Cuando quiso regresar á la Trelade, se halló tan desorientada que no le fué posible encontrar el camino; despues de haber andado errante algun tiempo sin direccion fija, creyó reconocer una senda, por la cual le habia impedido penetrar el vizconde algunos dias antes, á pretexto de que era muy peligrosa, y de que conducia á unos pantanos.

El año anterior, según Gaspar, se arriesgó una pastora á ir en persecucion de una vaca por este desfiladero, que se llamaba el *Camino del Diablo*, y ni vaca ni pastora volvieron á parecer. Laura replicó á esto con sobrada razon, que no hubiera ocurrido semejante desgracia, si á la entrada del desfiladero se hubiera colocado una barrera ó al ménos un seto de espinos. Esta observacion suministró motivo al vizconde para ponderar hasta lo infinito el talento de Laura, y para deplorar la estupidéz de las gentes del país.

Al hallarse, pues, en la embocadura del camino del Diablo, Laura se paró para reconocerlo, y lo reconoció en efecto; era una calle sinuosa, profundamente abierta entre dos colinas, y que iba serpenteando bajo una cuna de fresnos. La hija del ex-mercader iba ya á alejarse de aquel sitio, cuando descubrió á una niña descalza, mal vestida y con el cabello enmarañado, la cual venia por la calle referida arreando á una vaca roja. Cualquiera imaginacion un poco fogosa y exaltada hubiera creído que la vaca y la niña eran las sombras de aquella pastora y aquella otra vaca, cuyo siniestro destino le habia contado el vizconde; pero la señorita Levrault no era mujer para dejarse fascinar por semejantes ilusiones, y así es que se dirigió á la niña diciéndole:

—Dime, chica, ¿no es este el camino del Diablo?

—¡El camino del Diablo! repitió asustada la pastorcilla: en todo el país no hay un camino de semejante nombre!

—¡Cómo! ¿no has oido tú hablar del camino del Diablo?

—Sí, señora, muchas veces; el señor cura nos suele hablar de él casi todos los dias de fiesta; pero yo no le he visto nunca.

—Pero sabrás, al ménos, que ese sendero que traes es muy peligroso, puesto que conduce á algunos pantanos, en los cuales seria muy arriesgado meterse; el año pasado se perdió en ellos una pastora como tú, que iba tambien detrás de una vaca.

—Vamos, vamos, señorita, ya veo que está usted burlándose de mí. Este sendero es tan seguro como el camino real de Nantes; para salir de él con vida basta penetrar por él en sana salud.

—¿Pues á dónde conduce este camino?

—A nuestra quinta y al castillo de la Rochelandier.

Y al terminar estas palabras, echó á correr la pastorcilla detrás de la vaca que estaba dándose un bu en harton en un sembrado.

Laura continuaba impasible en el mismo sitio, buscando un motivo que explicase los embrollos de Gaspar, y sin hallar ninguno razonable. En su concepto, era preciso que el castillo de la Roche-